

ESCRIBE:
ALBERTO MORAVIA



TRAS LA MISION DEL «APOLO XI»

LA TECNOLOGIA

Cuando se dice que la tecnología en Estados Unidos es una especie de religión laica, no se pretende que la gente crea en la tecnología como en una religión de nuevo cuño, aunque esto pueda resultar en parte cierto, sino que la tecnología presenta, sobre todo, una serie de caracteres propios de la religión, caracteres que la tecnología tiene en común con la religión en Estados Unidos. Y estos son los siguientes: en primer lugar, la tecnología crea dentro de la sociedad dirigente un grupo de poderes específicamente tecnológicos que, algo así como los brahmanes en la sociedad de castas de la India, se arrogan y administran una serie de sagrados principios que constituyen el motor secreto de la sociedad. En segundo lugar, la tecnología se insinúa de tal modo en la vida individual que crea lo que podría llamarse conciencia tecnológica. En tercer lugar, la tecnología proporciona a la sociedad del neocapitalismo avanzado, inevitablemente basada en el consumo, un producto a fin de cuentas no del todo consumible, en cuanto que es prácticamente inagotable, como es la exploración espacial; y es así, al mismo tiempo la coartada de sobrepasar el límite del provecho inmediato con una esperanza de provecho remoto que, bien mirado, tiene el valor de una justificación ideal. Por último, la tecnología, como la religión, hace que las masas participen en su vida sin comunicarse, por ello, todos los secretos que mantiene y administra, mediante ritos colectivos, como por ejemplo, los lanzamientos espaciales, que más que iluminar las mentes tienden a impresionar a la imaginación.

La casta de los científicos

Hablemos un poco del primer carácter, el de haber creado dentro de la sociedad dirigente un grupo de depositarios de los principios secretos de la religión tecnológica. Lo que más nos ha impresionado en nuestras visitas a los centros espaciales americanos ha sido, después de la maravillosa complejidad de la organización y de la maquinaria, la mentalidad de los científicos y de los tecnólogos con que nos hemos encontrado. Está claro que el mismo hecho de haberse visto capacitados para poder desarrollar sus estudios y realizar sus experimentos en una posición de privilegio económico y social, ha fomentado en los grupos tecnológicos una capacidad de abstracción futurista y casi casi —si hay que hacer caso a las declaraciones que en estos días están haciendo muchos de ellos en torno a los inevitables desarrollos de la exploración espacial— de ciencia-ficción. Sin embargo, no sería exacto decir que estos grupos se hallan a la vanguardia, con respecto al resto de la sociedad. En realidad, constituyen una aristocracia obligada por las circunstancias, es decir, por motivos profesionales, distante y altiva que piensa en términos puramente tecnológicos y que, por lo mismo, se asemeja a los grupos del poder religioso que también por su parte piensan en términos puramente religiosos. Por otro lado, los tecnólogos como los religiosos no dudan de

la verdad e infalibilidad de sus principios y se caracterizan por un optimismo al mismo tiempo racional e irracional (también la tecnología es racional en sus medios e irracional en sus fines, por lo menos en lo que respecta a la exploración espacial) respecto a la definitiva conquista del Universo.

Este optimismo es ligeramente desconcertante. No se trata, en efecto, de estudiosos solitarios encerrados entre las cuatro paredes de su laboratorio, sino más bien, como hemos dicho, de un grupo de poder que puede y quiere influir sobre el destino de la Humanidad. Se ha dicho que los tecnólogos constituyen una aristocracia, casi a pesar suyo, altiva y distante. En realidad, aunque quisieran, los tecnólogos no podrían comunicar a las masas sobre las que, sin embargo, ejercen una influencia cada vez mayor, su ciencia en toda su complejidad. Pero lo extraño es que, aun siendo altivos y distantes, se muestran al mismo tiempo, al menos en circunstancias especiales, como, por ejemplo, el lanzamiento del «Apolo XI», dispuestos a contactar con la gente, a cualquiera que en estos días, en Cabo Kennedy o en otros centros espaciales, haya tenido la suerte de reunirse con los protagonistas científicos y con los organizadores de la exploración espacial, los Von Braun, Muller, Phillips, Debus, Gray, etc., le habrá impresionado la docilidad con que estos hombres tan importantes, tan ocupados, aceptaban cualquier entrevista, debate público, discusión o encuentro. Sabían muy bien que la mayor parte de las personas que recibían en privado o a las que contestaban en público más o menos ignorantes de la técnica espacial: no obstante, es loable que no se negaran nunca a contestar y que encontraran siempre tiempo para conceder entrevistas o intervenir en las conferencias de prensa.

Cuestión de propaganda

¿Qué significa esto? Sería fácil explicarlo todo con el tan manido argumento de que la empresa espacial en Estados Unidos tiene un valor de prestigio y que por lo tanto se le da la mayor publicidad posible; y que por esto, quieran o no quieran, los científicos han de contribuir a esta publicidad, sería fácil pero no exacto. La razón es más profunda. El grupo de poder tecnológico sabe que administra un capital en cuyo incremento ha colaborado desde el principio y sin el que —como muy bien sabe— no habría podido obtener el capital real necesario para las costosísimas exploraciones espaciales. Lo sabe y por consiguiente «debe» figurar en primera fila en las ocasiones más específicamente rituales de la tecnología; en este caso, en el del lanzamiento del «Apolo XI» desde Cabo Kennedy. Así tenemos por un lado a un grupo de tecnólogos y científicos de altísimo nivel, con un proyecto bien claro en la mente y junto a ellos políticos, empresarios industriales y jefes militares capaces de discernir las ventajas políticas, económicas y militares del proyecto en cuestión; y por otro

lado, las masas que saben tan poco de la tecnología espacial y del modo en que se realiza el proyecto tecnológico. Pero estas masas están impregnadas de tecnología, por lo que constituyen la base de sentido común sin la que no puede mantenerse poder alguno.

Hace falta insistir de nuevo en el hecho de que la relación entre la tecnología aristocrática y el sentido común de las masas es sobre todo racional y ritual.

Vamos a entrevistarlos con el doctor Kurt H. Debus, director del Centro Espacial de Cabo Kennedy. El doctor Debus, como se comprenderá por el nombre, es uno de los 126 científicos alemanes que se encontraban durante la segunda guerra mundial en Peenemünde vigilando la construcción de los cohetes «V-2». Debus, en una declaración hecha pública estos días, manifestó que todos los científicos se mostraron de acuerdo en entregarse con el material de los «V-2» a los aliados. Todo esto ocurrió según lo previsto; los científicos y sus familias se trasladaron a Estados Unidos para reanudar allí, en mayor libertad y con presupuestos más importantes, sus experimentos con cohetes. La historia de cómo Debus, Von Braun y sus compañeros consiguieron finalmente vencer al gobierno de los Estados Unidos para la puesta en práctica de la exploración espacial es demasiado larga y, por otra parte, demasiado conocida para que la contemos aquí.

El neocapitalismo buscaba, instintivamente, un programa que combinase los grandes beneficios con las grandes justificaciones «ideales». El programa espacial, empresa heroica cuyas alternativas podrían desembocar en última instancia en la ruina económica o en la conquista del Universo, ha servido de catalizador para las exigencias materiales y éticas de la «sociedad opulenta» norteamericana.

Hitler, pionero del espacio

El doctor Debus nos recibe en la dirección de la NASA. No en un despacho normal, sino en un lujoso saloncillo. Nos ofrece asiento con calculada cortesía. Nos sentamos. Le explicamos quiénes somos y mientras hablamos, observamos su cabeza teutónica, de rasgos grandes y duros, del tipo «olímpico» y goethiano. Sus ojos azules nos miran fijamente, con frialdad; por encima de sus marcadas ojeras; sus cabellos son largos, un poco rizados y plateados. Debus tiene dos grandes cicatrices que parten de la boca y llegan casi hasta las orejas; diríase que está marcado por los tradicionales duelos estudiantiles. El doctor Debus es tan alemán que por un momento sentimos la extraña impresión de encontrarnos, no en la América de hoy, sino en la Europa de hace treinta años. Y podría pensarse que sin la locura de Hitler, quién sabe si en la actualidad la exploración espacial podría partir desde nuestro continente. El doctor Debus escucha nuestra presentación sin manifestar ningún sentimiento de interés o de curiosidad. Nos ha recibido porque, como habíamos observado en estos días del

lanzamiento, él está aquí para recibir a todos aquellos que disponen de algún título para ser recibidos; pero está claro que los treinta minutos que deberá durar nuestra visita forman parte de una convención en el fondo burocrática, y así, nosotros, como el doctor Debus, lo sabemos.

Pero la entrevista se pidió y se concedió y había que hacerla. Preguntamos, para empezar, cuántos lanzamientos del «Apolo» harán falta para establecer una relación normal con la Luna, y en qué podrá consistir esta relación normal.

El doctor Debus nos responde en su inglés duro y torpe: «Nos proponemos enviar a la Luna otros «Apolos» con cuatro meses de distancia entre uno y otro durante todo el tiempo que sea necesario. Probablemente hasta mil novecientos setenta y cinco. Luego crearemos una o más estaciones espaciales en la órbita lunar. Por último, está en estudio la construcción de auténticos autobuses lunares, con capacidad para doce personas. Estos autobuses tendrán cohetes de dos fases. La relación normal con la Luna significará la puesta en valor de la Luna desde todos los puntos de vista».

Pragmatismo de la hazaña

En este punto hay que señalar que una de las cosas sobre las que en estos días los científicos y los técnicos del «Apolo XI» han insistido más en sus declaraciones es el número de ventajas prácticas de todo tipo que podrán sacarse de la Luna. Probablemente las ventajas prácticas interesan menos que la hazaña en sí misma. Pero deben responder a las críticas surgidas en muchos sectores de la NASA por el enorme costo del programa lunar. En suma, estas ventajas pueden dividirse en dos categorías: las de tipo científico y las materiales, propias de cualquier conquista, terrestre o no. Las ventajas científicas serán la posibilidad de estudiar el Universo desde observatorios construidos en la Luna, de modo infinitamente más preciso y de manera más próxima, gracias a la conocida ausencia de atmósfera en nuestro satélite. Las ventajas materiales serán infinitas, y van desde el descubrimiento al disfrute de inmensos yacimientos de metal de todo tipo, creados por la caída de meteoros a lo largo de millones de años, a la existencia, a profundidades no excesivas, de aguas, y, en consecuencia, a la creación de vida con medios nucleares, lo que es tanto como decir de centros urbanos encerrados en cúpulas herméticas y provistos de todo lo necesario para la existencia humana. Todas estas cosas y muchas otras del mismo tipo nos gustaría que nos las explicase mejor el doctor Debus. Pero el propio hecho de que ambos consideremos la entrevista como una convención, es decir, como algo distinto de una entrevista, lo impide. El doctor Debus es absolutamente serio y cortés en sus respuestas. Pero se ve claro que las cosas que va diciendo o podría decir las ha dicho ya a todos los que le han entrevistado en los últimos días. Nosotros querríamos hacerle preguntas inéditas para

ESPACIAL, NUEVA RELIGION USA

tener respuestas inéditas, aunque sólo fuera para escapar a la convención burocrática de la entrevista. Pero no encontramos nada que no haya podido ser preguntado ya por nuestros predecesores, no sólo porque somos profanos en materia de tecnología espacial, sino porque, en el fondo, pertenecemos a otra rama de la cultura. De este modo el estudio de Snow sobre las dos culturas resulta revelador. A nosotros la cultura literaria nos sirve de poco, con el doctor Debus. Por su parte el doctor Debus es el representante de una cultura que, al contrario de cultura literaria, ejerce una influencia dominante en la sociedad. ¿Cómo podría el doctor Debus tratarnos de modo distinto que a los demás entrevistados?

Sin embargo, la entrevista continúa. De la Luna se pasa, lógicamente, a Marte. También la conversación sobre este planeta podría ser muy amplia. Desde ahora la Luna se considera por los tecnólogos como una conquista hecha. Ir a la Luna ya no quiere decir

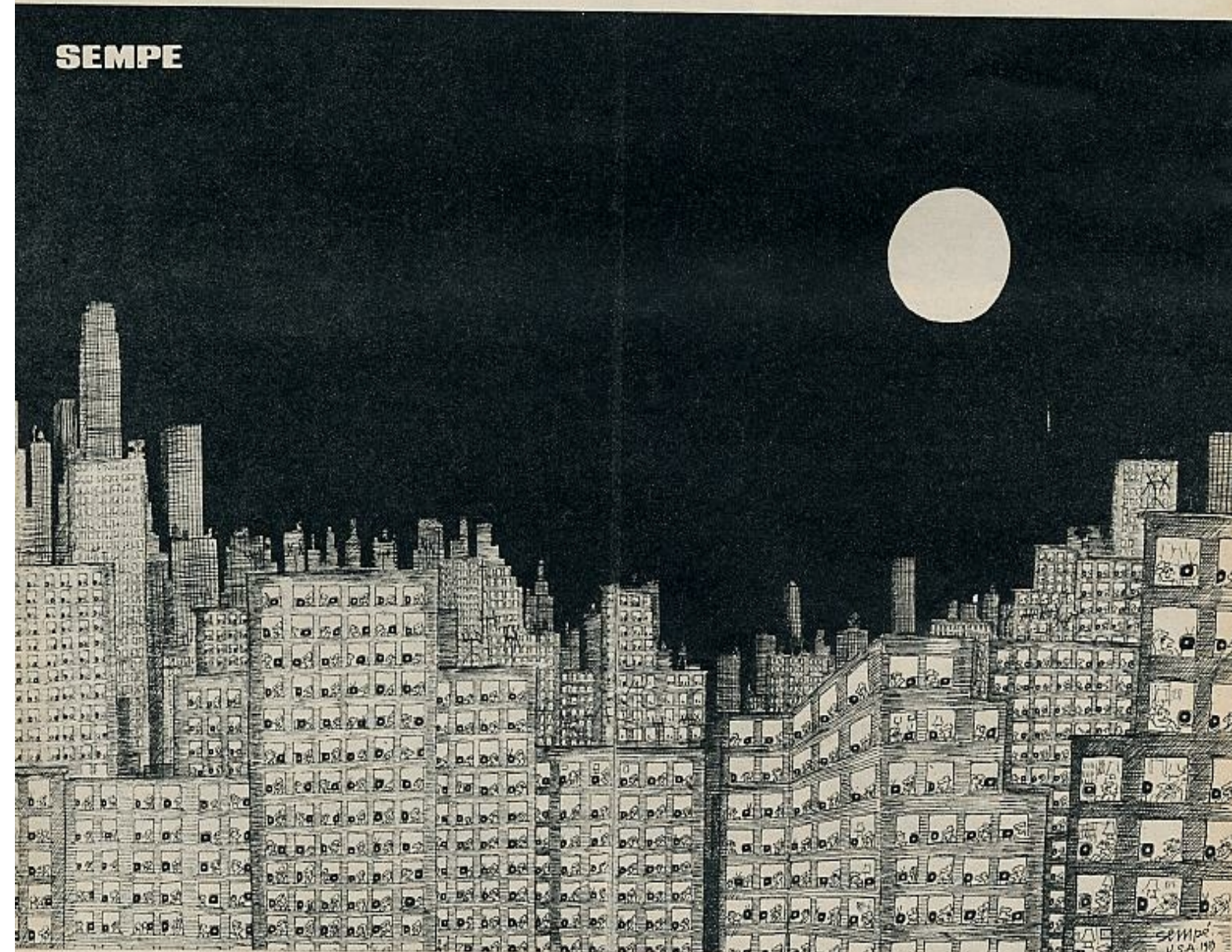
lanzarse al Universo, sino tomar posesión de una especie de suburbio de la Tierra. Pero el día en que el gobierno de los Estados Unidos acepte oficialmente un programa de exploración de Marte, el grupo del poder espacial se sentirá seguro de que al americano quiere lanzarse al salto del Universo. Marte significa no sólo el sistema solar, sino también otros sistemas solares en la galaxia y quizá fuera de la misma.

Invasores del espacio

Preguntamos: «Después de la exploración y la colonización de la Luna, ¿cree que le tocará el turno a Marte?». El doctor Debus responde en tono un tanto reticente: «Se sabe poco de Marte. Sólo se sabe que allí hay vida. Pero

El gran novelista italiano afronta la aventura del «Apolo XI» desde una perspectiva inédita: todos hemos visto en nuestros televisores el desarrollo de la proeza espacial. Ningún relato puede suplantar el prodigioso impacto de esas imágenes borrosas, producidas en directo desde la Luna. Moravia renuncia a describir esa emoción, pero examina en este agudo y penetrante análisis el prestigio casi sacro que ha alcanzado la tecnología en los Estados Unidos, una nueva religión, con características similares a lo que hasta ahora ha sido cualquier credo ideológico. En el próximo número, TRIUNFO dedicará amplio espacio a la repercusión del viaje del «Apolo XI»: las implicaciones médicas, biológicas y científicas de este nuevo paso del hombre hacia la conquista del espacio exterior.

SEMPE



(Sigue en las páginas 42, y 43)



(Viene de la pág. 15)

hay que ver si se trata de vida como simple existencia biológica o de vida inteligente. Por otra parte, el vuelo hacia Marte presenta dificultades notables. Sobre todo, al menos por ahora, no tenemos la posibilidad de garantizar la existencia de los astronautas durante los meses que duraría el vuelo».

Nos sentimos vagamente incómodos al darnos cuenta de que la entrevista sigue por los senderos previstos. Y de pronto, de golpe, comprendemos una cosa. Que esta incomodidad es en el fondo lo más interesante de nuestra entrevista al doctor Dabus. La entrevista, en realidad, no se refiere tanto a la exploración espacial como a la situación del grupo de poder tecnológico en Estados Unidos. De este modo, el lanzamiento próximo del «Apolo XLIX» no deberá ser considerado sólo como lo que parece ser, esto es, el lanzamiento a la Luna de una navecilla con tres astronautas, sino como una de las más importantes manifestaciones del ritual tecnológico en el país de la tecnología.

Mientras tanto, el doctor Dabus ha pasado de Marte al Universo. «Probablemente con el uso de los propulsores diversos, casi seguramente nucleares, y con la creación de estaciones espaciales cada vez más lejanas de la Tierra, podremos salir de nuestro sistema solar. De todos modos habrá que distinguir entre exploración por medio de cohetes autodirigidos y de cohetes con astronautas. La primera, al menos por ahora, es más probable que la segunda».

Asoma a estas palabras el optimismo al tiempo frenético y flemático del que hemos hablado hace poco. Un optimismo fruto de una abstracción que no es sólo científica, sino también social. Un optimismo susceptible de traducirse en acción. Miramos subrepticemente el reloj. Los treinta minutos de la entrevista están a punto de agotarse. Preguntamos entonces, quizá por sugerencia de la participación del doctor Dabus en la creación de la «V-2»: «No cree usted que las invenciones de la exploración espacial pueden ser utilizadas mañana con fines militares». Esta es una de las preguntas que, probablemente, podrían dar un giro inédito a la entrevista. Pero que deberá quedar sin una verdadera respuesta. El uso militar de la exploración espacial, según nosotros, es inevitable, aunque no sea más que porque la propia exploración está promovida en gran parte por las fuerzas armadas estadounidenses. Pero no es de esperar que el argumento pueda ser tratado de manera imprevisible. El doctor Dabus responde, en efecto: «Esta posibilidad siempre existe. Pero no veo de qué serviría. Se hace la guerra para someter a un pueblo y para ocupar sus territorios. Todas estas cosas se hacen en la Tierra, no en el espacio».

Calla un momento y luego añade, con convicción profunda y casi impaciente: «La exploración espacial llevará a las naciones a sustituir la guerra por la competición tecnológica. La tecnología trabaja a favor de la paz y no de la guerra».

en su aspecto ritual, es decir, en otras palabras, hablar de las dos grandes manifestaciones tecnológicas de estos días: el espectáculo del lanzamiento de Cabo Kennedy y el de la exploración lunar desde el centro espacial de Houston. El día siguiente al de la conversación con el doctor Dabus, en la tribuna de prensa, justo frente al lugar del lanzamiento, a dos millas de distancia, nos habíamos levantado a las tres y media de la mañana para filtrarnos a tiempo en las columnas de automóviles que, a paso de hombre, se dirigían por las autopistas de Coco Beach hacia Cabo Kennedy. Habíamos visto, pasando junto a la laguna del Banana River, en la noche negra, brillar el fetiche de oro del cohete, desde el cual los reflectores proyectan rayos de luz móviles y potentes. El cohete iluminaba sólo el cielo. Bajo aquellos rayos simbólicos de la tecnología, la marisma de Cabo Kennedy apenas brillaba melancólicamente. El cielo, pues, era la meta. La Tierra ya no era más que un trampolín para llegar a la meta.

Luego, el Sol se levantó, el horizonte se hizo límpido y, levantando la vista más allá de los tejados, veíamos la mar de bien, más allá de la marisma, la torre de lanzamiento firme sobre el horizonte, con sus manos de hierro prestas para apretar el bellissimo cohete blanco tan similar, por su color y su forma, a un altísimo, esbulto, elegante campanario. Hemos dicho que el cohete es bellissimo. Hagamos la reflexión de que la belleza del cohete, como por otra parte cualquier otra belleza sobre la Tierra, es aerodinámica, es decir, producto de la atmósfera. Es, pues, a la atmósfera a quien debemos gran parte de las formas que nos fascinan y nos consuelan en la Tierra. Pero fuera de la atmósfera, en el vacío, las cosas y probablemente también las personas ya no necesitan ser aerodinámicas. Así, puede creerse que a la belleza hecha de formas suaves sucederá otra belleza esencial y racional de la que el módulo lunar, especie de araña, o mejor de esqueleto de araña, es ya un elocuente ejemplo.

Nos damos cuenta de que tras estas reflexiones el «count down», o sea, la cuenta al revés de los minutos y segundos que faltan para el lanzamiento, ha empezado. Una voz nasal y amplificadora nos advierte que faltan veinte, diez, cinco segundos para el lanzamiento. Que faltan cuatro, tres, dos. Miramos el cohete blanco y la torre umbilical roja. De pronto, humo y fuego surgen bajo el cohete y dos grandes llamaradas rojas rompen a ras del suelo, de ambos lados, propagándose. Una explosión oscura, honda, dura, percute nuestros oídos como un puño. Mientras el fuego sigue rompiendo, el cohete empieza a ascender, casi con inseguridad y duda.

La ascensión es maravillosa. Lenta, majestuosa y muy plástica. Da la impresión del enorme peso que está subiendo y de la enorme potencia de la explosión que lo hace ascender. Otros estallidos, otras detonaciones siempre del mismo tipo oscuro, hondo, amenazante. Luego, el cohete sale con seguridad, la punta señalando al cielo. Luego, la ascensión se hace curva, diríase que el cohete va de nuevo a dirigirse a la Tierra. Pero no. El cohete, sencillamente, sale de nuestro campo visual. Vemos aún durante unos segundos la llama clara del propulsor que sigue ardiendo; luego el rastro de humo blanco que bruscamente se hace más sutil. La primera fase se ha separado y el cohete ahora vuela hacia el vacío espacial, más allá de la atmósfera terrestre.

La estética de una araña

Después de la tecnología en sus aspectos digamos aristocrático o hermético conviene hablar de la tecnología

**Cielo convertido
en espacio**

Ahora, en el mismo momento en que el cohete desaparece, nos percatamos de haber asistido a un acontecimiento al propio tiempo tecnológico y religioso. A una solemnidad a la vez científica y ritual. El rito ha consistido en ser testigos de la casi mágica transformación del cielo en espacio. A esta transformación han asistido un millón de personas. Un millón de per-



Armstrong,
Collins y Aldrin,
en cuarentena.

sonas, casi estamos a punto de decir un millón de fieles, ha asistido a la desacralización tecnológica del cielo, transformado instantáneamente de lugar, de sueños ilusionados, de humanidad en lugar de estancia y tránsito. Naturalmente esto puede parecer mera cuestión terminológica y quizá lo sea. Pero la palabra «cielo» está cargada de significados que la palabra «espacio» sustituye por otros completamente distintos. Sin embargo, los significados históricos de la palabra «cielo» permanecen, por decirlo así, incorporados a la palabra «espacio». Para las multitudes reunidas en Cabo Cañaveral, el espacio, aun siendo a partir de ahora ya el de la tecnología, tiene aún las propiedades imaginarias del cielo. Si, la atmósfera circunda la Tierra y más allá de la atmósfera está el vacío cósmico y la atmósfera está compuesta de troposfera, estratosfera, mesosfera, osmosfera, eterosfera, esosfera... Si, la Tierra dista de la Luna un número determinado de kilómetros, y también de Marte, de Venus, de los demás sistemas solares de nuestra galaxia, pero al propio tiempo, este espacio de medidas tan exactas sigue siendo el viejo cielo en el que estaban localizados los viejos paraísos, los viejos limbos, los viejos mundos celestes de las religiones y de la poesía. En suma, el viejo infinito tan finito si se compara al finito tan infinito de la tecnología. Quizá los tecnólogos no se den cuenta de ello, pero el éxito del joven espacio se debe también, en parte, a la supervivencia psicológica del viejo cielo. Pero también es verdad que los tecnólogos, como el aprendiz de brujo de la leyenda, han puesto en marcha una mutación incontrolable. No saben que el viejo cielo servía para consolar a los hombres de las cosas que no marchaban bien en la Tierra. De ahora en adelante, al espacio, definitivamente vacío de sueños, deberá corresponder una Tierra mejor. ■ A. M. © L'Espresso - TRIUNFO.



triumfo

DIRECTOR:
José Ángel Escurre

EDITA:
Prensa Periódica, S. A.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
MADRID: Avda. de América
Centro Movierecord
Teléfono 253 88 02
Cables: Prensaper

BARCELONA: Paseo de Gracia, 101
Teléfono 227 28 71

NEW YORK: 437 Madison Avenue
Tel. PL. 1-8233
Zip Code: New York 10017

IMPRIME:
Hanser y Menet, S. A.
Ploma, 18-Madrid-3
DEPOSITO LEGAL: M. 1.272-1958



PUBLICIDAD:
Regie Prensa, S. A.
MADRID: Avda. de América
Centro Movierecord
Teléfono 245 88 00
BARCELONA: Paseo de Gracia, 101
Teléfono 227 28 71

DISTRIBUCION:
Agencias y Servicios, S. A.
(SAYB)
Mártires de Alcalá, 4
Teléfono 248 92 60

SUSCRIPCIONES: ESPAÑA: 6 meses (28 números): 350 pesetas; 12 meses (52 números): 700 pesetas.—EXTRANJERO: 12 meses (52 números): Portugal, Filipinas, Marruecos e Iberoamérica: 700 pesetas; Alemania: 57 DM.; Bélgica: 700 FB.; Canadá: 10 \$ Can.; Estados Unidos: 15 \$ USA; Finlandia: 61 MF.; Francia: 71 FF.; Gran Bretaña: 5 £; Holanda: 52 FL.; Italia: 8.600 Liras; Suiza: 63 FS.; Resto países: 1.000 pesetas o equivalencia en su moneda.

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1968. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia.

TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.



CRUCIGRAMA 374 PECOROZA

1		2	3	4	5	6		7	8	9
		10					11		12	
13	14		15				16	17		
18		19				20				
21					22					
	23			24					25	
26		27						28		
29	30		31					32		
33		34		35						36
37			38					39		
	40						41		42	
43		44				45				46
47					48					
		49		50				51		
52	53		54				55			56
57		58		59				60		
61			62			63			64	
65						66				
67						68				

HORIZONTALES

1: Instrumento de cuatro cuerdas semejante a la guitarra. 7: Una de las islas Molucas. 10: Provincia de la antigua Francia. 12: Preposición. 13: Símbolo químico. 16: Yunque pequeño. 18: Al revés, ciudad de la provincia de Guipúzcoa. 18: Municipio de la provincia de Jaén. 22: Cantante de sobresaliente mérito de óperas o zarzuelas. 21: Atmósfera. 22: Tema de un discurso. 23: Nombre de varón. 25: Símbolo químico. 27: Sabor, sazón. 28: Isla del archipiélago de Chiloé. 29: Negación. 31: Al revés, niñeras. 33: Fenómeno atmosférico. 35: Número romano. 38: Letra griega. 37: Dar vigor, espíritu, fuerza. 40: Estatua falta de cabeza, brazos y piernas. 41: Conjunción. 44: Río gallego afluente del Miño. 45: Desgraciado, infeliz. 47: Nombre de varón. 48: Cuerda gruesa de esparto o cáñamo. 49: Nombre de varón. 51: Sonido que afecta agradablemente al oído. 52: Símbolo químico. 54: Substracción. 56: Plaza. 57: Municipio de la provincia de Pontevedra. 59: Famoso templo musulmán en la Meca. 61: Salsa para sazonar un manjar. 63: Castigar dando golpes. 65: Travesaño que refuerza cada uno de los eslabones de las cadenas. 66: Causa, aflicción o disgusto. 67: Metal precioso. 68: Nadar volteando los brazos.

VERTICALES

1: Decreto del Zar. 2: Artículo. 3: Rifas. 4: Cuadros de tierra pequeños y destinados al cultivo de flores. 5: Municipio de la provincia de Lérica. 6: Preposición. 8: Puro, simple y que no tiene mezcla de otra cosa. 9: Desigualdad de las dos pupilas de una persona. 11: Valor, esfuerzo, energía. 14: Larva que se fija especial-

mente en los perros. 17: Fruta. 19: Ciudad francesa en el paso de Calais. 20: Ciudad norteamericana. 22: Nombre de varón. 24: Municipio de la provincia de Huesca. 25: Sombrero de ala grande. 26: Al revés, figura geométrica. 28: Símbolo químico. 30: Ciudad catalana. 32: Convocar, citar. 38: Parar, detener. 39: Espacios de tiempo. 42: Archipiélago volcánico de la Polinesia. 43: Justo, recto. 45: Visión química como la que ofrecen los sueños. 46: Población de Filipinas en la isla de Mindanao. 48: Río afluente del Rin. 50: Hombre sin educación y de feos modales. 53: Variar, cambiar. 55: Al revés, madera muy apreciada. 58: Metalóide de color gris negrozco y brillo metálico. 60: Descubre lo que está cerrado. 62: Voz de arriero. 64: Oficial de ejército otomano. 66: Símbolo químico.

(La solución, en el número 375)

SOLUCION 373

V	E	N	T	O	R	R	I	L	L	O
O	X	A	X	I	A	L	A	C		
M	I	E	L	N	I	L	M	A		
E	G	O	O	C	A	O	I	S		
R	I	A	B	O	N	A	N	O		
R	E	S	E	N	T	I	D	A		
T	R	A	F	A	E	L	A	C		
O	S	Z	D	E	C	A				
C	O	L	B	A	M	M	A	L		
A	P	O	L	O	A	L	A	V	A	
A	R	A	M	A	Y	O	N	A		
R	E	B	A	O	A	A				
I	G	N	E	A	R	I	C	A	S	
F	A	Z	S	P	A	O	L	E		
A	Z	O	F	I	P	R	O	A		
A	A	G	A	P	E	D				
A	P	E	R	O	A	R	A	N	A	
C	O	L	O	M	B	I	A	N	O	S
A	N	U	L	A	S	L	I	G	O	